

El Instituto de Restauración Científica del Libro

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

En reciente artículo del señor Nelson Nicholls Santacoloma publicado en este *Boletín* (Vol. VIII, Nº 6, págs. 941-944) con el título *Del necesario descuido de algunos libros*, se refiere el autor al padre Pinzuti y a "su hospital para libros enfermos".

El tono ligero y aun diríamos irresponsable con que el señor Nicholls habla del sabio benedictino olivetano nos hace pensar que no conoce el instituto del padre Pinzuti y que la noticia que de él tiene la recibió de una deliciosa crónica de Germán Arciniegas aparecida en Lecturas Dominicales de *El Tiempo* (12 de marzo de 1961) que no entendió el autor del artículo ya citado .

Para el señor Nicholls el libro tiene valor como curiosidad de museo. Es claro que los hay de tal clase, pero es también cierto que los libros se hicieron principalmente para leerlos.

En la Biblioteca Nacional se conserva el catecismo en que estudió las primeras nociones de religión don Rufino J. Cuervo. Conserva el curioso ejemplar la firma del niño y aun otros rasgos de su grafía infantil. Nadie se atrevería a borrarlos con el pretexto de presentar como nuevo el catecismo. Este vale precisamente por el estado en que se encuentra, con los borrones y manchas que fueron dejando las manos que después escribieron las obras filológicas del sabio colombiano.

El Convento de San Agustín de Bogotá fue teatro de un interesante hecho de armas en el siglo pasado. El general Leonardo Canal el 25 y 26 de febrero de 1862 sitió a los miembros del Consejo de Gobierno Provisional del general Mosquera, refugiados en la casona conventual. Las tropas de la guarnición capitalina y los liberales que allí se encontraban, en un momento de peligro sacaron los pesados infolios de la biblioteca de los frailes que sirvieron de trinchera a las fuerzas sitiadas. Los viejos pergaminos conservados en la Biblioteca del Seminario de Bogotá ostentan las señales de las balas de Canal. Estos libros son ciertamente una reliquia histórica y están bien con las heridas del combate. Pero si se tratara de

obras rarísimas, de incalculable valor bibliográfico, ediciones quizás únicas conocidas, no se podría dudar en enviarlas a un "hospital para libros enfermos".

Todavía más. Estos libros que consideramos únicamente como reliquia histórica por haber sido el uno de un escritor como Cuervo y los otros testigos de un combate, pueden amenazar ruina por obra de parásitos, hongos y demás enemigos de los libros. Sin quitarles las señales que tanto apreciamos el señor Nicholls y yo, deberían ser sometidos a una inteligente reparación para evitar su destrucción. A menos que el señor Nicholls prefiera tener en sus manos un poco de polvo para poder decir: Aunque ustedes no lo crean, esto que ven aquí fue el catecismo del señor Cuervo o la teología moral que soportó las balas del general Canal.

Las grandes pinturas, las obras escultóricas que se conservan en los museos de países civilizados, son sometidas periódicamente a cuidadosas reparaciones y tratamientos especiales que evitan la ruina total y aseguran muchos años más de vida.

De los libros podemos decir otro tanto. Y aquí es donde el padre Pinzuti, tan difícilmente absuelto por el señor Nicholls, se ha hecho acreedor al aplauso universal, ya que su obra ha traspasado los límites del pequeño Estado Vaticano y su nombre se pronuncia con respeto en asambleas internacionales.

El Instituto de Restauración Científica del Libro surgió por expresa voluntad del papa Juan XXIII y fue confiado por el difunto cardenal Tardini a los monjes benedictinos olivetanos.

Bajo la dirección del padre Mario Pinzuti, es hoy una realidad viva en la Iglesia, fundado sobre bases científicas con modernísimos laboratorios de biología, química, tecnología y física que lo colocan entre los primeros del mundo.

Funciona el instituto en el Palacio de las Congregaciones (Vía Rusticucci 13), allí trabajan diez monjes expertos que conocen su oficio que se remonta a la tradición de amanuenses de la Edad Media. El profesor Pinzuti, literato por vocación, archivero por obediencia, comenzó con el estudio de la paleografía. Se dio cuenta del mal estado en que se encontraban tantos impresos y manuscritos y surgió su vocación de médico de los libros: laureado en bioquímica, biología y patología del libro. Después de ocho años de trabajo silencioso obtuvo su primer resonante éxito en el Congreso de Estocolmo (1960) que estudió los problemas de la conservación de archivos y bibliotecas. Conocida por el papa Juan la admirable labor del padre Pinzuti, fundó, como se dijo, bajo el patrocinio del cardenal Tardini el *instituto*, que sirve no solamente al Vaticano sino a las entidades o personas que solicitan sus servicios.

En la primera planta del edificio que ocupa funcionan los laboratorios biológicos, químicos, la oficina de tecnología y las salas de restauración y encuadernación. En el segundo piso están instalados los laboratorios para baños químicos, los de rayos ultravioleta, el taller de fotografía y las oficinas de administración.

Se trata de una auténtica clínica u hospital para la curación de papeles viejos, allí se curan las enfermedades y lo que es más admirable, se resucitan los muertos. Llega el libro enfermo y pasa al departamento de tecnología donde se diagnostica la enfermedad. Llegan los pobres semi-destruidos por la polilla, atacados por hongos mortíferos o lo que es más doloroso, por el descuido del hombre. No faltan las víctimas modernas de los bombardeos que los convierten en piedras negras, en realidad cuando el fuego llega a los 2.000° los petrifica.

Hecho cuidadosamente el diagnóstico, pasa el libro enfermo al biólogo y al químico. El primero estudia el origen de la enfermedad, mediante el uso del microscopio encuentra la causa de la descomposición de la página que tiene a la vista, examina la calidad de moho que afecta al paciente. El químico estudia la composición del papel, los metales que en él se encuentran y hace de cada hoja un análisis cualitativo y cuantitativo. Todo este trabajo se hace en equipo, una verdadera junta de médicos que sigue con interés el proceso del diagnóstico con el objeto de evitar cualquier tratamiento excesivo que pudiera destruir el papel. Todas las fases del proceso van quedando fijadas en fotografías de alta precisión. Al lado del microscopio para el diagnóstico, los rayos ultravioleta desempeñan un papel muy importante ya que descubren mohos que no se ven en el microscopio y descomponen los metales que entran en su fabricación.

Hecho el diagnóstico entra el libro al taller de restauración donde se practica también la cirugía plástica: se hacen injertos para suplir las partes que faltan. Cuando el libro o manuscrito lo requiere, es sometido a un tratamiento de proteínas y vitaminas que aseguran la supervivencia del enfermo.

Todo el proceso de restauración se lleva en una hoja clínica en la cual se anotan las distintas observaciones que se han hecho en el curso del tratamiento. Esas hojas se catalogan cuidadosamente y son consultadas cuando el libro vuelve al instituto para un nuevo tratamiento o para examinarlo periódicamente con el fin de asegurar el éxito de la restauración.

Un taller de encuadernación deja el libro en su estado primitivo y no como *un ejemplar del padre Pinzuti*.

En el Instituto de Restauración se pueden ver algunos de los trabajos realizados por los monjes benedictinos olivetanos. Llaman especialmente la atención los fragmentos salvados de manuscritos o libros calcinados por los bombardeos de la última guerra, las reparaciones en libros perforados por el comején y otras plagas, los palimpsestos restituidos a su texto primitivo, los preciosos manuscritos que fueron empleados en las encuadernaciones antiguas y que fueron recuperados. Las restauraciones no son menos felices. Para poder comprender hasta dónde llega la pericia del padre Pinzuti y sus colaboradores, basta decir que han reparado dibujos sobre seda y que *lavan* las acuarelas para devolverles los colores primitivos. La reconstrucción de libros o manuscritos hechos pedazos es algo de rutina en el instituto. Y para que el señor Nicholls se tranquilice, el libro conserva el sello de antigüedad. Queda como nuevo, en el sentido de que al salir de la clínica, le dice al feliz poseedor el padre Pinzuti: su libro tiene otros trescientos o cuatrocientos años de vida.

Comparar la reimpresión del *Libro de horas del rey Fernando de Aragón* con la restauración a que somete a los libros enfermos el padre Pinzuti es confundir la magnesia con la gimnasia. Dios quiera que una persona inteligente ponga en manos del benedictino "los dos maltratados tomos de los *Comentarios* de César que pertenecieron al Libertador" para conservarlos mucho tiempo todavía.

Cuando el Augusto Pontífice de feliz memoria puso los fundamentos del Instituto de Restauración Científica del Libro, quiso salvar ante todo el material de los archivos eclesiásticos existentes, arruinados por el tiempo, la destrucción bélica, el descuido de los hombres, la voracidad de los insectos. Quería Juan XXIII que quedara allí la documentación que comprueba y valoriza la obra espiritual y cultural de la Iglesia en todos los tiempos.